

Aunque aún es bastante patente la cantidad de diferencias que hay en la manera de concebir el impacto que Internet causa en el quehacer cotidiano de las distintas profesiones, parece evidente que últimamente se ha incrementado el interés de los humanistas por acercarse al mundo cibernético, de manera que se ha llegado a superar el miedo que en un primer momento se tenía como puramente gremial (Fernández Martín 2012) o que, posteriormente, podría interpretarse como exclusivamente generacional. Ahora ya no hace falta convertirse en un *cyborg* para sentir in-corporadas las computadoras, para estructurar con ellas el *habitus* sociocultural del que formamos parte. Las máquinas están tan adaptadas a nuestras vidas que forman parte de nosotros mismos.



El presente libro escrito por Azucena Penas Ibáñez viene a demostrar precisamente que los humanistas van (vamos) poco a poco perdiendo el temor a enfrentarnos conceptualmente con el ciberespacio, bajo la resignada asunción de que hemos dejado de vivir *con* las nuevas tecnologías para pasar a aceptar que ahora vivimos *en* ellas. Y la autora lo hace, naturalmente, echando mano de los dos conceptos en los que más a gusto nos encontramos los lingüistas: el de texto y el de lenguaje. No es casualidad, por tanto, que la obra se haya dividido precisamente en dos partes dedicadas a sendos conceptos virtuales: el cibertexto (pp. 11-144) y el ciberlenguaje (pp. 145-260).

Así, el primer capítulo (“Introducción a la cibercultura y el ciberespacio”, pp. 11-30) se centra en definir con precisión diversos conceptos relacionados con la cibercultura y el ciberespacio en general, como son el de *World Wide Web*, Internet, chat, redes sociales y nuevas tecnologías, entre otros.

Estos planteamientos terminológicos pueden hacer al lector reflexionar, más allá de lo lingüístico, sobre la misma esencia de la realidad virtual, pues, en ocasiones, ni siquiera nos sentimos capaces de distinguir entre lo que vemos y lo que sabemos que hay. ¿Qué es realidad en un espacio virtual? ¿Existimos de verdad en la ficción de lo cibernético o somos meras proyecciones sobre una fría superficie metálica? ¿Son nuestros avatares seres reales que se encuentran en algún lugar del ciberespacio o nos estamos convirtiendo en sombras de nuestro propio reflejo reticular? Tratar de comprender qué es la realidad virtual pasa por entender un cuerpo propio inserto en un espacio y en un tiempo concretos. La determinación cronotópica, socioculturalmente construida, delimita nuestras acciones reales. La máquina es un mero instrumento de trabajo, una simple herramienta de comunicación, una minúscula forma de las múltiples posibles de modificar nuestra destemplada biografía.

Escribimos y nos escuchan, hablamos y nos leen, siempre al otro lado del monitor. Seres pensantes comunicando ideas, sentimientos, ilusiones; compartiendo experiencias, vivencias, frustraciones. Personas de carne y hueso que se encuentran gracias a un conjunto de microchips que, unidos de manera incomprensible, configuran pequeñas ciudades insertas en grandes cajas; crean flujos constantes de información revisada aunque descontrolada; forman corrientes instantáneas de transacciones bidireccionales. Y siempre, siempre, produciendo textos, como Penas Ibáñez deja entrever en el segundo capítulo del libro (“Texto e hipertexto. Definición de conceptos y palabras clave”, pp. 31-60), centrado en esta ocasión en la eternamente necesaria aplicación de los recursos metodológicos de la lingüística clásica

del texto a la configuración discursiva que está teniendo lugar actualmente en el mencionado ciberespacio. En este, pues, el texto se constituye en hipertexto (“texto estructurado en red”, p. 39) a través de los procesos de transtextualidad (comprendida por la intertextualidad, la paratextualidad, la metatextualidad, la hipertextualidad y la architextualidad, p. 37) e hipertextualidad, rompiendo así la linealidad (“secuencias de enunciados que están en relación de contigüidad”, p. 44) típica del texto no cibernético.

Los principios que subyacen, precisamente, a este proceso de aplicación de las premisas coserianas al discurso hipermedia se especifican a la perfección en el siguiente capítulo (“Principios estructuradores del (ciber)texto”, pp. 61-90), dedicado a explicar la manera en que la aceptabilidad, la adecuación, la cohesión y la coherencia contribuyen a forjar el tejido del recientemente creado cibertexto. De aquí se puede deducir que la legibilidad y la comprensibilidad sean consideradas por la autora como “mecanismos que facilitan la coherencia” (p. 87), en tanto, a nuestro juicio, los ciberhablantes son individuos que se socializan detrás de una pantalla y llegan a olvidar que los sujetos de su lado son tan humanos como aquellos con los que contactan por el móvil inteligente. O, en otras palabras, son gentes de toda clase que ocupan un espacio concreto, un lugar significativo para ellas desde el que se relacionan con el resto del mundo a través de un dispositivo, fijo o móvil, y que, por ello, esperan de los demás una intercomprensión sociocognitiva similar a la que experimentan en otras interacciones comunicativas.

Efectivamente, más allá de los cuerpos se observa otra vida atenta a la propia. La lógica aprendida indica a los ciberhablantes que el interlocutor también se encuentra en un lugar, pero nosotros no tenemos por qué percibirlo. ¿Dónde está ese lugar? Al otro lado de la computadora. ¿Pero existe de verdad? Se encuentra en la red. ¿Qué es la red? No se sabe. ¿Un no lugar, tal vez? Puede ser. Lo que parece evidente es que es el único lugar del mundo en el que podemos estar todos sin que en verdad esté nadie. Paralelamente, resulta ser el único *topos* en el que podemos compartir momentos sin compartir el espacio, en el que acostumbramos a interactuar heterocrónicamente con personas conocidas. Parece un *cronotopo* sin *topo*; asemeja un lugar sin espacio. Una realidad de ficción, una ficción verdadera. Por tanto, existe.

Y una prueba de que existe se encuentra, precisamente, en que toma forma empírica en la tipología textual. En efecto, los tipos de texto son “marcos globales que controlan la serie de opciones disponibles que pueden utilizarse” (p. 92) en la comunicación cibernética. Es posible, pues, clasificar los tipos de cibertexto siguiendo, en esencia, la interrelación entre el espacio y el tiempo presente entre los interlocutores que lo producen, como hace Cassany (2012) entre géneros sincrónicos (chat y juegos de rol) y géneros asincrónicos (correo electrónico, foro, web, blog, wiki, redes sociales). Penas Ibáñez, sin embargo, en su capítulo cuarto (“Tipos de cibertexto”, pp. 91-144), muestra una exhaustiva información sobre cada tipo ciber textual sin caer en clasificaciones que suelen ser, al final, reduccionistas: correo electrónico, chat, World Wide Web, blog, SMS, WhatsApp, Wiki, conferencia electrónica y videoconferencia, foro, videojuego, juegos de rol y obra-flujo-proceso-acontecimiento del ciberarte.

Volviendo entonces a las reflexiones iniciales, ¿cómo no se va a estar aterrado ante lo que significa el ciberespacio, ante el control que puede suponer la in-corporación de Internet a nuestras vidas? ¿Cómo no dejarse fascinar por un nuevo mundo en el que la tan ansiada libertad cobra vida propia, en el que las barreras no son más que limitaciones

creadas por nuestra propia concepción del espacio? Y, lo que puede resultar más importante: ¿cómo sería posible que este enorme cambio no afectara a la espina dorsal de la condición humana, esto es, el lenguaje?

El ciberespacio construido en los últimos años no puede dejar de afectar al lenguaje y la autora del libro es perfectamente consciente de ello, pues a dicho concepto le dedica la segunda gran parte de la obra: el ciberlenguaje. En su primer capítulo (“Un nuevo tipo de comunicación. Una lengua oral escrita o una lengua escrita oralizada”, pp. 145-194), la profesora establece las características de este nuevo tipo de comunicación, que “combina propiedades del habla, de la escritura y del medio electrónico” (p. 145), cuyos elementos prototípicamente orales o prototípicamente escritos pueden definirse siguiendo los tradicionales niveles del lenguaje: fonomorfológico, léxico-semántico y pragmático-comunicativo.

Dado que, para la autora, el ciberlenguaje es “una nueva especie de comunicación” (p. 145), no cabe entonces sorprenderse de que el sexto capítulo del libro esté dedicado a la definición de otros códigos no verbales que lo complementan (“Otros códigos no verbales”, pp. 195-212), entre los que incluye la escritura creativa en redes sociales y foros, la función hipermedia del teléfono móvil y el eficaz papel que desempeñan en la comunicación los emoticonos.

De esta complejidad estructural del ciberlenguaje puede desprenderse la necesidad de superar un proceso de aprendizaje para poder emplearlo en el día a día cibercomunicativo. Azucena Penas es igualmente consciente de esta artificialidad sociocultural que precisa de instrucción y de muchas horas de exposición a sucesivos y variados aductos para conseguir la fluidez deseada, pues centra el séptimo capítulo (“La ciberalfabetización en usuarios no expertos. Una tecnojerga”, pp. 213-224) en reflexionar sobre el proceso mismo de alfabetización que exige manejar las principales técnicas de la ciberjerga, cuyo desconocimiento puede encontrarse detrás de la brecha digital y, por tanto, de cierto tipo de exclusión social (García Canclini 2004).

Finalmente, antes de la obligada bibliografía, en el capítulo octavo (“Estudio de caso: la comprensión textual del ciberléxico informático en usuarios de la primera generación digital o generación posmilenial”, pp. 225-260), Penas Ibáñez y Alonso Perdiguero se proponen estudiar la competencia léxica de nuestros jóvenes a partir del análisis de la comprensión textual del ciberléxico de un blog. Para ello, pidieron a 151 estudiantes de la Comunidad de Madrid, de 6º de Educación Primaria y 1º y 2º de Educación Secundaria de los cursos 2013-2014 y 2014-2015, que definieran una serie de términos extraídos de un texto sin mayor aclaración docente. Del estudio se concluyó que las estrategias más empleadas para definir los términos ciberléxicos eran la metonimia y la sinonimia, aunque no eran, desde luego, las únicas.

De todo lo visto puede deducirse, a nuestro juicio, que si somos capaces de desentrañar los misterios lingüísticos de cualquier producto discursivo, como es también todo texto generado a través del ciberlenguaje, entonces seremos capaces de usar cualquier máquina independientemente de que seamos conscientes del momento en que aprendimos a dominarla. Así pues, aquellos humanistas más reticentes al empleo cibernético del lenguaje o a la digitalización de las humanidades, podrán sentirse reconfortados con este manual que traduce al familiar lenguaje del análisis discursivo la ajena complejidad del quehacer tecnológico. Como vemos gracias a esta exhaustiva recopilación conceptual de la profesora Penas Ibáñez, solamente necesitábamos un poco de tiempo para dar forma lingüística a aquello que nos

costaba entender, para convertir lo desconocido en conocido y, por tanto, transformar en aferrable lo que antes, simplemente, se nos diluía entre las manos.

Si bien se podría echar en falta alguna orientación introductoria sobre el lector tipo al que va dirigido el texto o alguna explicación de corte más didáctico que atenúe la profunda erudición afinadamente oculta tras cada una de las páginas, lo cierto es que con trabajos como este libro escrito por Azucena Penas Ibáñez lograremos ceñirnos al nuevo mundo lingüístico, reflexivamente fascinante, que nos brindan las tecnologías. Como decíamos al principio, hace ya tiempo que hemos dejado de vivir *con* ellas para empezar a vivir *en* ellas. Solamente haciendo partícipes a todos de esta vorágine tecnológica, recordando constantemente que los demiurgos informáticos son tan humanos como aquellos que emplean sus artefactos y animando a cada humanista a que las comprenda desde la razón de su propio quehacer profesional, acabaremos evitando que llegemos a vivir *para* ellas.

**Patricia Fernández Martín**

[patricia.fernandez01@uam.es](mailto:patricia.fernandez01@uam.es)

Universidad Autónoma de Madrid



## Referencias bibliográficas

Cassany, D. (2012): *En\_línea. Leer y escribir en la red*, Barcelona: Anagrama.

Fernández Martín, P. (2012): "Humanidades y TIC: reconstruyendo identidades profesionales en la globalización", *Enl@ce: revista Venezolana de Información, Tecnología y Conocimiento*, 9 (2), pp. 51-67. Disponible en <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=82323417004>>

García Canclini, N. (2004): *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*, Barcelona: Gedisa.